

mil pesos, prometiendo á los oficiales y soldados que continuasen en servicio, las tierras vacantes en las provincias que se conquistaran (34). San Martín aceptó la oferta, y distribuyó el medio millón entre veinte de los principales jefes y empleados de la expedición libertadora, asignando á cada uno de ellos la cantidad de veinticinco mil pesos (35). Esta dádiva, que era entonces una fortuna, cuando el dinero tenía doble valor que al presente, en vez de vincular á los jefes argentinos y chilenos á la suerte del Protector, fué causa de que surgiesen resentimientos y rivalidades, como sucede cada vez que el interés interviene en las relaciones de los hombres (36). Una conjuración en que aparecían complicados varios jefes superiores del ejército de los Andes, hizo sentir á San Martín que ya la voluntad de sus antiguos compañeros de armas no le pertenecía, ó que al menos empezaba á vacilar.

(34) Nota de la municipalidad de Lima de 21 de noviembre de 1821, y contestación de Monteagudo de 26 del mismo (« Sup. á la Gac. del Gob. » núm. 42).

(35) Los agraciados fueron: Aldunate, Alvarado, Arenales, Borgoño, » Correa (Cirilo), Fóster, Guido (Tomás), García del Río, Guise, Las Heras, Heres (Tomás), Lemos, Luzuriaga, Monteagudo, Martínez (Enrique), Miller, Necochea, Paroissien, Sánchez (Santiago), etc.

(36) En carta de San Martín á O'Higgins, de 31 de diciembre de 1821, dice: « Las Heras, Enrique Martínez y Necochea, me han pedido su separación, y marchan creo para esa. No me acusa la conciencia haberles faltado en lo más mínimo, á menos de que se quejen de haber hecho partícipes á todos los jefes del ejército y marina en el reparto de los quinientos mil pesos. Según he sabido, no les ha gustado que los no tan rancios veteranos, como ellos se creen, fuesen igualados á Sánchez, Miller, Aldunate, Borgoño, Fóster, Guise, Dehesa y otros jefes, cuya comportación ha sido la más satisfactoria. — En fin, estos antiguos jefes se van disgustados. Paciencia! » M. S. (Pap. de O'Higgins, Arch. Vicuña Mackenna orig.) Véase « El Gral. San Martín », por Vicuña Mackenna, pág. 41.

XI

En la noche del 15 de octubre el batallón Numancia se ponía silenciosamente sobre las armas. Al mismo tiempo, el coronel Francisco Antonio Pinto, jefe del núm. 5.º de Chile, que guarnecía con su cuerpo las fortalezas del Callao, recibía un billete urgentísimo: — « Estoy impaciente por hablar con » V. sobre un asunto que nos es sumamente interesante. No » conviene que vaya yo al Callao. Véngase lo más pronto que » pueda, y véngase á saber cosas desagradables; pero cosas á » que es menester oponer la razón, la justicia, la conveniencia » y mil y mil muertes si son precisas. Véngase, véngase. — » *Heres* ». Los coroneles Necochea y Gamarra, comandantes de Granaderos á caballo de los Andes y del batallón núm. 1.º de cazadores del Perú, recibían otro billete así concebido: « Conviene que nos veamos, porque interesa á nuestra felicidad y á la de toda la América. — *Tomás Heres* ». — Reunidos en el cuartel del Numancia, Pinto, Gamarra y Necochea, el coronel Heres, les informó: que tenía conocimiento de una conspiración que preparaban los principales jefes del ejército de los Andes (que nombró), con el objeto de deponer al Protector y aun de atentar contra su vida, la que debía estallar muy pronto, y que él estaba resuelto á contrarrestarla con la fuerza. Aunque Heres se negara á entrar en explicaciones, como asegurase que tenía datos positivos, todos fueron de opinión de participarlo al general, á fin de que tomase las medidas del caso. San Martín, que por otro conducto había recibido aviso de lo que pasaba, escuchó tranquilamente la denuncia, y contestó: « ¡No hay cuidado!... » En vano el jefe del Numancia le instó para que le permitiese ocupar con su batallón el cuartel fortificado de Santa Catalina, — la ciudadela

de Lima, — ó que por lo menos hiciera relevar la guardia de palacio, que daba la tropa del núm. 11 de los Andes, que se decía complotado. No quiso tomar providencia alguna. Pocos momentos después, se presentaba el coronel Paroissien en nombre del general en jefe del ejército unido, Las Heras, avisándole, que el batallón Numancia estaba sobre las armas, y que se decía era con el objeto de deponerlo del mando. Contestóle lacónicamente como al primer denunciante, que no tuviese cuidado. Así se pasó la noche en medio de la doble alarma producida por la actitud al parecer agresiva del Numancia y la preventiva tomada en consecuencia por los demás cuerpos de la guarnición.

Al día siguiente, San Martín recibía á Las Heras con una sonrisa benévola, aunque algo enigmática, y tendiéndole la mano, díjole: — « El coronel Heres me ha declarado que los jefes de los Andes conspiran contra mí ». — Las Heras protestó de su fidelidad en su nombre y en el de sus compañeros. El Protector pareció darse por satisfecho, no volvió á insistir más sobre el punto, y todo quedó en calma por el momento. Generalizada la noticia, con comentarios desfavorables para los jefes de los Andes, á quien se acusaba de ingratitud é infidencia, Las Heras se presentó al Protector, manifestándole que estos rumores menoscababan su decoro, y solicitó en representación de ellos, que los llamara á su presencia para averiguar el origen de tan grave acusación. San Martín le contestó que lo pensaría. Dejó transcurrir diez días, y á fines de octubre convocó á todos los jefes en el palacio de gobierno. Reunidos todos en su despacho, á puerta cerrada, presentes el coronel Heres y el ministro de la guerra Monteagudo, abrió la sesión, previniendo, que todo lo que iba á pasar allí tenía un carácter de profundo secreto, que interesaba al bien de la América y al honor del Ejército Unido. En seguida, interpelló á Heres, — quien le había manifestado estar dispuesto á sostener su denuncia, — exigiéndole manifestase sus pruebas. El

denunciante, — que según algunos fué invitado indirectamente para que se mantuviese neutral, — manifestó: que había sido instruido de la conjuración por voz pública, y especialmente por el deán, gobernador del arzobispado, quien tenía la noticia de otro clérigo de su diócesis; así como por el coronel Miguel Letamendi, segundo jefe del batallón núm. 5 de Chile. Llamados los dos testigos, y careados con Heres, Letamendi negó el testimonio. El deán, que lo era el Dr. Francisco Javier Echagüe (argentino) y en cuyo palacio se alojaba el estado mayor, comentó confusamente el suyo, transmitido oportunamente á San Martín, diciendo que tal noticia tenía por origen la misma actitud sospechosa asumida por el Numancia en la noche del 15. Increpado Heres por todos los jefes presentes y renegado por sus testigos, y hasta por los mismos Pinto, Gamarra y Necochea en quienes se había confiado, por considerarlos no complicados en la conjuración, guardó silencio.

Á esta altura de la sesión, los jefes formularon la proposición de que el asunto se esclareciese por medio de un juicio formal, que decidiera de la conducta de cada uno. San Martín, tomando la palabra, les recomendó tratasen al coronel Heres con equidad y consideración, salvando sus leales intenciones, y les exigió arbitrasen un medio menos ruidoso, que no redundara en daño de la causa de la independencia que todos sostenían. Entonces todos convinieron unánimemente, en que el Protector resolviese por sí solo la cuestión conforme á su alta prudencia y bondad.

XII

San Martín tenía su conciencia hecha antes del juicio contradictorio provocado por los jefes, y suficientemente edificado, no quiso llevar adelante la investigación, que lo conduciría á un camino sin salida. Su objeto estaba llenado. Había

dominado la situación y hecho entrar á todos sin violencia en el camino del honor y del deber, y obrando con prudencia, decidióse á sacrificar á Heres. Para averiguar, tenía que comprometer públicamente su prestigio y deshonor á sus compañeros. Para castigar tenía que decapitar su ejército, y aun para esto, sus manos estaban atadas, pues siendo los acusados miembros de la logia lautarina, que era el nervio oculto de su autoridad, en cierto modo anormal, no podía hacerlo sin previo acuerdo de ella. Así, Heres fué intimado de dirigirse á Colombia, su patria, en el término de cuatro días, manifestándole, sin embargo, por medio de una nota oficial, que si bien su presencia en el país no era conveniente á los intereses públicos, y á pesar de los sucesos desagradables ocurridos entre él y el resto de los jefes del ejército, como Jefe del Estado y como General en jefe, debía darle las gracias por sus servicios en favor de la libertad del Perú.

Después de esto, dejó pasar otros diez días, y el 10 de setiembre dirigió un oficio á Las Heras, ordenándole que recabase de los jefes presentes en la junta de guerra un informe por escrito, exponiendo cada uno de ellos lo que le constase sobre los antecedentes y ocurrencias de la denuncia del coronel Heres. Doce jefes de cuerpo informaron en consecuencia, y sus atestados, suministran la prueba moral de que en efecto, varios de los jefes superiores de los Andes conspiraron en aquella ocasión contra la autoridad de San Martín, ó por lo menos estaban predispuestos á ello. El hecho es evidente; pero nada induce á creer que el plan estuviese maduro, ni acordada su ejecución, y mucho menos que se pensase atentar contra la vida del libertador, como lo insinuó Heres en su denuncia. Estaban en realidad descontentos ó quejosos de él, precisamente por los favores que les había hecho ó por faltas de que ellos eran también responsables; murmuraban en secreto, apellidándolo rey por burla; le atribuían algunas ambiciones egoístas ó planes políticos que les repugnaban, y con

razón, y algunos lo deprimían como general por su conducta en la invasión, y sobre todo, en la retirada de Canterac, calificándole de incapaz y hasta de cobarde. La tremenda responsabilidad que asumirían con tal escándalo ante la América, el hecho de no contar con los segundos jefes ni con la tropa que permanecía fiel á su antiguo capitán, y la convicción de que no tenían con quien reemplazarlo, los había contenido hasta entonces, no obstante estar sublevados moralmente. En cuanto á San Martín, con los documentos firmados por ellos que le garantían su obediencia, adquirió la triste conciencia de que su ejército ya no estaba identificado con él, como lo estuviera en Rancagua. Desde entonces meditó separarse de la vida pública, porque según lo manifestó « su corazón estaba dilacerado con tantas ingratitudes y desengaños. » Algunos de los jefes superiores se retiraron del ejército con tal motivo; los más, arrepentidos ó avergonzados, permanecieron reunidos en torno de la bandera libertadora; y Alvarado, uno de ellos, según parece, fué nombrado general en jefe del Ejército Unido en reemplazo de Las Heras. Empero, la indisciplina latente quedó inoculada, y más adelante se verá brotar (37).

(37) Esta conspiración ha sido hasta hoy un misterio histórico. Vicuña Mackenna en « El General San Martín », pág. 41-42, y Paz Soldán en « Hist. del Perú Indep. » pág. 225, se ocupan vagamente de ella, dando el segundo detalles inexactos. Cuando el año 1849 interrogué sobre este punto en Chile al general Las Heras, — á quien algunos han atribuido participación en este conato de conspiración, — se manifestó reservado, no obstante la íntima amistad y la confianza con que me honró hasta el fin de sus gloriosos días. Sin embargo, me dió la evidencia del hecho. Díjome: que desde que Canterac bajó la sierra, ya los jefes del ejército conspiraban, y que él había neutralizado estas tendencias subversivas, siendo ésta una de las causas por la cual la persecución que hizo á Canterac en la retirada, no fué más activa y eficaz. Me agregó, que por esto, se separó del ejército después de la rendición del Callao, para no verse envuelto en estos siniestros manejos. No me manifestó contra San Martín resentimientos, que el tiempo había borrado, pues admiraba su genio político y militar y sus grandes cualidades morales; pero es la verdad,